

Archivo Histórico de Jalisco Departamento de Investigación y Divulgación

El Tiempo
Jalisco



Año VII • Núm. 23 • Diciembre 2012

Editorial



En la siguiente revista se expone el conflicto entre la denominada Confederación Chimalhuacana y el Reino Purépecha; culturas con frontera común y una zona de conflicto. Los reyes tarascaos ambicionaron los yacimientos de salitre de la laguna de Sayula y en su interés de apoderarse del vaso lacustre incursionaron en varias ocasiones en la Transtarasca (su frontera norte). Los tlatonazgos de la región pactaron alianzas defensivas que con éxito repelieron las incursiones purepechas. La confrontación más relevante, protagonizada por estos vecinos y antagonistas, fue la denominada Guerra del Salitre. Tras vencer el ataque mexicana, liderado por el tlatuani Axayácatl; Zuanga, el rey de Michoacán, decidió iniciar su propia guerra de expansión en contra de sus vecinos del norte. Su campaña prometía ser exitosa; pero cuando estaba por consumir su conquista, apareció Colímotl, rey de Colima, quien logró unificar a los chimalhuacanos; bajo su liderazgo pudieron contraatacar a los invasores y expulsarlos de la región.

Este conflicto es explicado en la presente revista de El Tiempo Jalisco a través de la filosofía política del “Maquiavelo Hindú”, Kautiliya. En su obra Artha Sastra, su autor describe mediante un sencillo mándala de círculos concéntricos la distribución geográfica-política de los aliados y enemigos de cualquier reino o estado. El modelo de Kautiliya ayuda a entender porqué un grupo de pequeños y débiles reinos (como los que conformaron la hipotética Confederación Chimalhuacana) lograron contener el avance expansionista militar de un reino como el Purépecha, que los aventajaba en todos los rubros: cultural, poblacional y castrense.

Por otro lado, la Guerra del Salitre fue el último gran conflicto militar histórico que se presentó en Mesoamérica antes de la llegada de los españoles. Para el Occidente de México, sin duda fue el de mayor trascendencia; sus repercusiones impactaron de manera decisiva en la Conquista, pues acentuaron resentimientos que dieron lugar a desuniones que serían capitalizadas por Hernán Cortés en su empeño por someter a las naciones mesoamericanas. La lucha entre chimalhuacanos y purepechas; y el conflicto de estos últimos con los mexicas, es un dato histórico, que a la luz de las ideas de Kautiliya nos ayuda a entender la conformación geográfico-política del Occidente de México. Estas tensiones vecinales no desaparecieron del todo y detonaron futuros distanciamientos y confrontaciones. Invitamos al lector a revisar la presente entrega de El Tiempo Jalisco y que saque sus propias conclusiones acerca de este coyuntural conflicto.

Dirección del Archivo Histórico de Jalisco

Linea del Tiempo

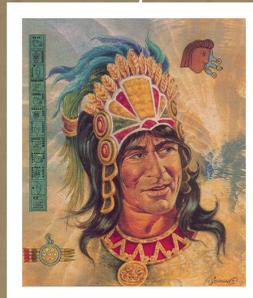
1480

Los purepechas se adueñan de la región de Sayula y de sus fuentes de salitre.



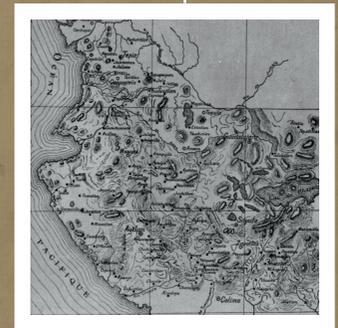
1479

Axayácatl, tlatoani de Tenochtitlan, junto con sus aliados, Netzahualpilli, de Texcoco, y Totoquihuaztli, de Tlacópan, reunieron 24 mil guerreros para invadir el reino de Michoacán.



1510

El rey michoacano desplegó por el Occidente de México dos numerosas y bien equipadas columnas en pos de los poblados y tlatonazgos de la supuesta Confederación Chimalhuacana.



1521

Por órdenes de Cortés, salieron de la ciudad de México los capitanes Alonso de Ávalos y Juan Álvarez Chico a explorar las tierras del occidente y las costas del Pacífico.



1529

Salió Nuño Beltrán de Guzmán de la capital de la Nueva España, a la conquista de la Nueva Galicia.



1529

Tuvo lugar la Guerra del Miztón.



Línea del tiempo

La lucha por la independencia y autonomía entre los pueblos indígenas del Occidente de México: de las invasiones mexicas, pasando por la Guerra del Salitre hasta la campaña de Nuño Beltrán de Guzmán

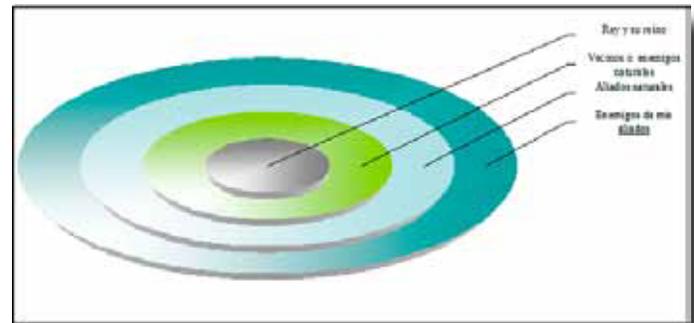
Dr. Fabián Acosta Rico

Introducción y modelo explicativo

Los grupos humanos avendados en los actuales estados de Jalisco, Nayarit, Colima y Aguascalientes, desde épocas remotas, han mantenido con relativo éxito su autonomía respecto a los poderes centralistas y los pueblos hegemónicos. Desde los tiempos de la ficticia Confederación Chimalhuacana y después con la Conquista del Espíritu Santo de la Mayor España hasta los días de la creación del Estado Libre y Soberano de Jalisco, los habitantes de esta zona han sido reticentes a todo intento de incorporarlos a una soberanía extranjera. Su renuencia a ser sometidos o perder autonomía no demanda mayores explicaciones antropológicas: pueblos y hombres, desde siempre, han tenido la libertad en alta estima. El punto es ¿por qué la han conservado, no sin esfuerzos y sacrificios? Creo encontrar una explicación en la geopolítica militar analizada por un milenarismo texto escrito por el Maquiavelo hindú Kautiliya. El libro es Arthashastra. Por medio de un sencillo diagrama de círculos concéntricos, Kautiliya expone el arte de ubicar geográficamente a tus enemigos y aliados naturales. Heinrich Zimmer, en su libro Filosofía de la India nos da una sencilla y clara explicación de cómo opera el diagrama en el análisis geopolítico militar:

Cada rey debe considerar a su reino como el centro de una especie de blanco, rodeado de anillos (mándalas) que representan los enemigos y aliados naturales. Los enemigos están representados por el primer anillo que lo rodea; son vecinos inmediatos, todos ellos listos para dar el zarpazo. El segundo anillo es el de sus amigos naturales, es decir, los reyes que están a espaldas de sus vecinos y que, por el hecho mismo ser vecinos los amenazan.... Como principio social de carácter universal se da

por supuesto que los vecinos son propensos a la enemistad, la envidia y la agresión, y que cada uno de ellos aguarda el momento de atacar por sorpresa (Zimmer; 2008: 133).



En el presente artículo estudiaré los choques y posiciones de poder de los pueblos indígenas del Centro y Occidente de México, en distintas etapas y episodios de la historia; parto de las luchas mexicas-purepechas, la Guerra del Salitre y termino en la conquista de Beltrán Nuño de Guzmán. En la aplicación del diagrama: ubico en el centro de éste a la región de la Laguna de Texcoco que albergó a la nación mexicana (el Rey y su reino); en el círculo inmediato, al centro, sitúo a los purepechas o reino de Michoacán (vecinos o enemigos naturales); y en el anillo que circunda a estos últimos coloco a las tribus o cacicazgos del Occidente, los también llamados por algunos historiadores como chimalhuacanos (aliados naturales).



Mi propósito es entender cómo operó a favor de los pueblos del Occidente este sistema de fuerzas y contra-fuerzas cuyos actores protagónicos fueron mexicas y purepechas hasta que la llegada de los españoles vino a redefinir todo el mapa geopolítico militar de la región; el posicionamiento de este nuevo actor (en el centro del sistema) y su posterior partición y desplazamiento. Guzmán y sus conquistas en el Occidente marcaron la unificación y creación de una entidad política como la Nueva Galicia, unida a la Nueva España; pero, poseedora de su propia Real Audiencia y por tanto dueña de cierta autonomía político-administrativa. El heredero de la Nueva Galicia, el actual Estado de Jalisco, sin ser separatista (como Yucatán por ejemplo) ha sido un fiel defensor de su autonomía, como lo demuestra su lucha y decisión por el federalismo que emprendieron sus autoridades políticas durante la primera década de la vida independiente de México.

Descripción de los anhelos autonómicos de los pueblos precortesianos del Occidente de México

En la historiografía precortesiana, el pueblo que sirve de punto de partida en el recuento histórico son los olmecas. Los olmecas, dada su importancia como los iniciadores de la agricultura extensiva, las construcciones monumentales, la fabricación de hule, el desarrollo astronómico y matemático, podrían ser catalogados, por estos y otros tantos saltos culturales, como a los sumerios de la América precolombina.

En el horizonte clásico, época del naciente esplendor cultural mesoamericano, los datos arqueológicos y los relatos míticos señalan como ciudad modelo y emblemática a Teotihuacan. Con la Ciudad de los Dioses se abre la constelación de culturas cuya expansión parte del centro a la periferia dejando una pléyade de pueblos deudores de los teotihuacanos como lo fueron toltecas, totonacas,

zapotecas y mayas.

En la actualidad, el creciente prestigio de los mayas los posicionan en el imaginario social como la cultura que alcanzó el cenit del desarrollo científico y artístico en Mesoamérica; se les reconoce como grandes matemáticos, astrónomos y arquitectos que, antes y después del siglo XXI, han inspirado la profética y apocalíptica imaginación de un sinfín de gurús de la neo-espiritualidad postmoderna. Es un lugar común equiparar a esta mitificada cultura con los griegos de la antigua o época clásica.

Completando el juego de las analogías histórico-culturales, entre civilizaciones antiguas de Europa y América, casi por sentido común terminamos comparando a los mexicas con los romanos; pues ambos pueblos erigieron sociedades militaristas y emprendieron una política de conquista y vasallaje sobre naciones vecinas.

Los mexicas tuvieron también su Cartago que los igualó en bravura y ambición; pero a diferencia del reino de Aníbal, este pueblo, los purepechas. Avecindados en el actual estado de Michoacán, supieron mantenerse irreducibles y soberanos (como los partos) respecto a la amenaza que representó el expansionismo político-económico, obra e inspiración de Tlacaélel, que vertebró y animó el militarismo religioso de los habitantes de Tenochtitlan.

El resto de las naciones o tribus mesoamericanas dan la impresión de no gozar, por una deliberación historiográfica oficialista, de notoriedad o relevancia, quedando eclipsadas por la grandeza y trascendencia otorgadas a mayas y mexicas. Los primeros gozan de una fama global y una vigencia postmoderna enmarcada en el furor mundial por espiritualidades alternativas. Los segundos aportan, gracias al centralismo cultural del Estado mexicano, la mayor carga de rasgos identitarios que alimentan el rostro histórico-cultural precolombino atribuido, en lo local e internacional, al país.

Sin embargo, en la historia precortesiana encontramos más pueblos, quizá menos “taquilleros

o estereotipados” que jugaron un papel relevante, durante los años que antecedieron a la conquista, en la conformación de la geografía política mesoamericana; y cuyas tensiones políticas y enfrentamientos militares repercutieron en hechos venideros o cercanos a la instauración del régimen colonial, en particular en el Reino de la Nueva Galicia. Los tarascos y sus vecinos, bautizados por historiadores decimonónicos por ejemplo, Pérez Verdía, como chimalhuacanos, mantuvieron durante décadas un conflicto militar que evidenció el celo autonómico de los pueblos del Occidente de México respecto a los reinos hegemónicos de Mesoamérica (mexicas y tarascos).

Llama la atención y será un punto sobre el cual regresaré, el que este territorio, cuyos habitantes resistieron a las invasiones tarascas y jamás fueron tributarios de los mexicas, estuvieron a punto de conformar un virreinato independiente al de la Nueva España. Su conquistador, Nuño Beltrán de Guzmán soñó con esta posibilidad; este anhelo de autonomía y libertad, lo compartieron, en el pasado, los pueblos por él conquistados. Estos pueblos precortesianos del occidente jamás lograron unificarse ni conformaron esa imaginaria Confederación Chimalhuacana, de la que habla Verdía, pues no existió entre ellos un poder o autoridad hegemónico capaz de cohesionarlos en lo político, militar y económico.

Los ejércitos de Guzmán lograron unificarlos bajo una relativa autonomía respecto a los poderes centrales de la Ciudad de México. Preliminarmente puedo afirmar, al margen de todo chovinismo regionalista, que los hechos históricos evidencian una inercia o proclividad autonómica operando históricamente en los habitantes de la territorialidad que albergó a la supuesta Confederación Chimalhuacana y posterior a la Nueva Galicia, a la Intendencia de Guadalajara y finalmente al Estado Jalisco. Esta inercia no es causa, sino efecto de acomodados geopolíticos simples pero determinantes: sin la existencia y consolidación de un reino como los purepechas, que sirvió como contrapeso regional a los mexicas, lo más probable y lógico (según las explicaciones de Kautiliya) es que los pueblos del occidente hubieran sido incorporados a la galería de

pueblos vasallos de los mexicas. Por otro lado, si el reino de Michoacán no logró anexarse a sus vecinos del norte fue por la amenazante y hostil presencia de los mexicas.

Operando como factor de distracción y merma de fuerzas y recursos, los mexicas le acotaron a los purepechas su horizonte de conquista, permitiéndole así a un grupo de pequeños tlatonazgos y cacicazgos del occidente mantener su autonomía, a pesar de su escasa fuerza e importancia militar. Pero ¿quiénes fueron estos pueblos?

Aseveraciones y desmentidos acerca de la existencia de la Confederación Chimalhuacana

Pérdida e ignorada queda en el gran recuento histórico precortesiano, la llamada Confederación Chimalhuacana. Conformada por pequeños reinos y cacicazgos (hueitlatoanazgo y tlatonazgos) la dichosa confederación (de cuya existencia muchos historiadores dudan) jamás fue alcanzada, por las razones que ya expliqué y después detallaré, por el brazo militar mexica y logró, además, mantener a raya a los purepechas, frustrando sus repetidos intentos de conquista.

Soy también de la opinión acerca de la inexistencia de dicha Confederación; pero, utilizaré, por comodidad narrativa, el gentilicio chimalhuacano para referirme a los habitantes de un puñado de cacicazgos dispersos en la región transtarasca, que formaron alianzas defensivas contra los purepechas o tarascos.

El literato jalisciense, Juan Rulfo, en un ensayo sobre la historia precolombina de Colima, no ahorra calificativos para arponear el prestigio de los tarascos y de paso elevar a sus coterráneos. Para el autor del Llano en Llamas, los tarascos jamás fueron una

potencia militar respetable, a la altura de los mexicas, quienes los menospreciaban como enemigos y los consideraban una raza indigna de ser sacrificada en sus teocallis, razón por la cual no los conquistaron. Incluso duda Rulfo de la afirmación de que Axayácatl, el tlatuani valeroso y sagaz, haya sido vencido por el ejército de Tangaxoan I, rey de los tarascos. Se pregunta ¿cómo puede ser esto posible? Si su poderío militar desafiaba al mexica, entonces ¿por qué sólo conocieron la derrota en sus intentos de someter a los desunidos y pequeños reinos vecindados en su frontera norte? (Fell, 1996: 427).

Sin un diagrama como el de Kautiliya, explicar, como lo intenta Rulfo, el sistema de fuerzas y contra-fuerzas que facilitó la autonomía de estos pequeños reinos, respecto a las potencias de la región, nos remite a una serie de quizás que dejan amplio margen a la especulación: “quizás los vecinos de los tarascos eran en realidad muy buenos guerreros; pero, carentes de afanes o ambiciones expansionistas”; “quizás, para lo anterior, necesitaban un líder, un caudillo, que los unificara para hacerle frente a los tarascos y desafiar incluso a los mexicas”; “quizás simplemente Tangaxoan y sus sucesores tuvieron suerte en su lucha contra los mexicas y desafortuna en la conquistas de la Transtarasca”...

El hecho es que los llamados señoríos chimalhuacanos lograron sostener y defender su autonomía, repeliendo a punta de obsidiana, a todo invasor; incluso estuvieron a punto de hacer fracasar la conquista española en toda la Nueva España, en 1540 durante la Guerra del Miztón.

Como lo refiere el historiador José López-Portillo, los orgullosos señores chimalhuacanos ostentaban su soberanía respecto a cualquier poder extranjero calzando huaraches de suela de oro, prenda prohibida por los mexicas a sus tributarios (López-Portillo, 1980: 43). Ellos obviamente no lo eran.

Por otro lado, del legado arquitectónico de estos señoríos poco se ha rescatado; su herencia

cultural está casi olvidada; sin embargo, hay un hecho casi legendario que aún se recuerda sobre una guerra que no protagonizaron chichimecas o mexicas; una guerra que confrontó a tarascos y chimalhuacanos. Estos pueblos chocaron sus puntas y navajas de obsidiana en la disputa por la laguna de Sayula, proveedora de la vital y codiciada sal. La sal permitía conservar y transportar alimentos. De allí su importancia. A esta guerra por el dominio de Sayula y de toda la región; a este épico episodio, casi olvidado en la historia precortesiana, se le conoce como la Guerra del Salitre. El salitre, insumo de la sal, abunda en Sayula.

Como lo referí, en la Guerra del Salitre se enfrentaron dos culturas: la antagonista, la tarasca; la cual, sin menos precio de su esplendor e importancia, logró, en cierta medida, rotular su nombre en la historia por permanecer indómita ante el expansionismo mexica. La otra involucrada en esta disputa, la hostilizada, no era propiamente un reino ni siquiera una etnia unificada, y menos un imperio, ni siquiera una confederación de tribus o pueblos. La historiográfica imaginación del profesor Ignacio Navarrete la concibió como una confederación, la Confederación Chimalhuacana, que agrupaba a varias naciones indígenas dispersas que, sólo motivadas por sus intereses y necesidades, formaron alianzas defensivas.

López-Portillo y Weber comenta al respecto que al menos en tres ocasiones se unieron militarmente los caciques de la transtarasca: la primera, de la que se tiene fe o referencia histórica, tuvo lugar a raíz de la ya referida Guerra del Salitre. En la segunda se involucraron principalmente caciques del oeste y del sur de Jalisco que se opusieron a los conquistadores liderados por Nuño Beltrán de Guzmán. La última, la cual ya mencioné, agrupó a varias tribus de la zona que se apertrecharon en el cerro del Miztón, tras derrotar en un primer enfrentamiento a los españoles; detonaron así un levantamiento indígena popular, de 1536 a 1542, cuya fuerza y empuje alarmaron a las más altas autoridades novohispanas (López-Portillo, 1980: 43).

De ninguna de estas alianzas emergió un reino,

imperio o confederación. Como lo refiere el historiador José Bravo Ugarte, el profesor Navarrete, sin remitirse a fuente alguna contaba acerca de dicha confederación. Quizás el respeto que inspiraba el historiador y catedrático abonaron para que su repetida y no corroborada referencia fuera dada por cierta (Bravo, 1962: 479).

El propio Navarrete demostró estar convencido de la existencia de la Confederación al grado de dar cuenta de ella en su Compendio de la Historia de Jalisco publicado en el año de 1872. Más que las palabras, las letras son las que comprometen. Los dos tomos redactados por el profesor, bajo el estilo de los catecismos, recibieron críticas de historiadores de la época por muchas de sus inexactitudes históricas. Luis Pérez Verdía le critica varios errores en fechas; por ejemplo, la obra menciona que el Obispado de Guadalajara se erigió en 1544 cuando en realidad fue en 1546. Otro tanto hizo Juan B. Iguíñiz; quien ratificó la corrección a la fecha de erección del Obispado (Bravo, 1898: 480).

Sin embargo, ni Pérez Verdía o Iguíñiz ni otros historiadores como Alberto Santoscoy le cuestionaron su afirmación acerca de la existencia de una confederación de reinos en el occidente de México, que abarcaba buena parte del actual estado de Jalisco y Colima.

El también historiador jalisciense, López-Portillo y Weber, sostiene, equivocadamente, que fue Santoscoy el primero en referirse a la Confederación y de paso desmienten la existencia de la referida confederación. De entrada afirma que el término chimalhuacán es náhoa y significa a grosso modo el lugar "de los que portan grandes escudos". En las primeras historias de Jalisco existía la mención acerca de que los toltecas, provenientes del norte de México, le dieron el nombre de Chimalhuacán a unas tierras del sur donde sus habitantes tenían la peculiaridad, precisamente, de portar grandes y llamativos escudos.

A la llegada de los españoles, este lugar sería rebautizado como la Nueva Galicia (la cual abarcó los actuales estados de Jalisco, Nayarit, Aguascalientes,

Colima). Para López-Portillo y Weber estas aseveraciones son erróneas. Lo primero que hace notar el historiador es que los toltecas no provenían del norte; quienes migraron de las norteañas regiones de Aztlán fueron las tribus chichimecas y nahuatlacas. Estas tribus nómadas y belicosas, en su éxodo, no hicieron escalas para ponerle nombre a las regiones. Por otro lado, los dichos escudos no aparecen referidos en ninguna de las crónicas de los conquistadores simplemente porque no existieron. Finalmente, el término Chimalhuacán ni siquiera era conocido ni usado por los indios de la región (López-Portillo, 1980: 42).

La idea de una Confederación Chimalhuacana es uno de muchos ejemplos en los que el historiador recrea y ordena, a criterio de sus condescendias personales, los datos históricos. En la invención o aceptación de un ficticio y poderoso estado ubicado en la zona transtarasca pudo obrar el regionalismo de Navarrete.

Idéntico sentimiento pudo animar la aceptación de su existencia entre sus colegas en su hartazgo de repetir, en sus letras y palabras, la ajena gloria de las culturas amerindias del centro y sur de México. ¿Por qué no dar por válida la presencia de una indómita confederación de pueblos occidentales que desafió al imperio hegemónico y cuya fuerza y unidad la libraron de las acechanzas de los reinos vecinos?

Esta idea, en el marco del federalismo del siglo XIX, resultaba seductora para los historiadores locales deseosos de dignificar a sus entidades y regiones; lograban así garantizarles a éstas un lugar y una digna mención en la historia de México (Valdez Francisco, 1994: 285). Dicho sea de paso, el federalismo militante de este sector de la intelectualidad jalisciense, presumo, se fraguó desde épocas remotas si se repara en el peso que pudo tener, en la conciencia histórica de los jaliscienses, la Nueva Galicia; entendida como proyecto de unidad geográfica-política autónoma e independiente de la Nueva España. Proyecto

maquinado por el conquistador Guzmán en su intención crear y gobernar su propio virreinato que llevaría por nombre: La Conquista del Espíritu Santo de la Mayor España.

La imaginaria Confederación Chimalhuacana sería, en su creación, un ejercicio mitopoyético de historiadores jaliscienses que se articulaba a la perfección con la historia y herencia cultural de la Nueva Galicia. El mito y la historia validarían este orgullo regionalista: primero autonómico y posteriormente federalista.

Por tanto, soy de la idea de que no hubo engaño ni engañados en esta invención. Más que convencer, la idea gustó y eso le bastó a Pérez Verdía y al propio Santoscoy. Si algún suspicaz o acucioso cuestionaba la existencia de la Confederación Chimalhuacana, poco importaba; si de inventar mitos se trataba, los historiadores del centro del país tenía los propios: ¿Quién les cuestionaba a ellos la también falacia de llamar pomposamente imperio a los señoríos, éstos sí confederados, de Tenochtitlan, Texcoco y Tlacopan? Nadie. ¿Por qué entonces no podía inventarse una gran confederación de pueblos transtarascos?

Lo cierto es, como dice Rulfo, que si no hubo confederación en la región al menos sí la habitaron algunos chimalhuacanos no locales, es decir, nacidos en Chimalhuacán Atenco y Chalco, que llegaron a esta tierras, cuando estalló la Guerra del Mixtón (1541); Guerra que fue, por cierto, una de las últimas rebeliones indígenas en el occidente de México en contra de la dominación española. Para someter a los rijosos seguidores de Tenamaztli, líder de la insurrección, el primer virrey de la Nueva España, Antonio Mendoza reunió tropas, tanto españolas como indias: el cacique de Tlalmanalco le facilitó 20 mil de sus guerreros, de los cuales la mayoría se quedó a vivir en el recién fundado Reino de la Nueva Galicia (Fell, 1996: 424).

Incursionando nuevamente en los oscuros y divagantes terrenos de la especulación histórica,

hay datos y pautas para imaginar que la unión de los pueblos de la transtarasca pudo llegarse a concretar gracias a la intervención de un guerrero dotado de carisma, de alto linaje y victorioso en el combate. Este personaje existió. Aunque no pocos estudiosos albergan dudas acerca de cuál pudo ser su nombre. Es conocido de común como Colímotl. Señor del hueytlatonazgo de Colima, este caudillo venció a los tarascos en la Guerra del Salitre. López-Portillo y Weber opina lo contrario y, desde su valoración, el señorío de Colima no poseía el suficiente brío cultural para haber consolidado una verdadera nacionalidad que hubiese fusionado o unido militar, cultural, política, económica y socialmente al resto de los señoríos que supuestamente conformaron la Confederación Chimalhuacana (López-Portillo, 1980: 43).

Antes de hablar del vencedor, del héroe, de la Guerra del Salitre, me detendré en los vencidos, en los tarascos, los tan desvalorados por el juicio histórico de Rulfo. El reino purépecha es pieza clave para entender, como lo he estado refiriendo, la autonomía de los pueblos de la Transtarasca; dicha autonomía permite, desde un análisis superficial y parcial, suponer y avalar la existencia de una Confederación Chimalhuacana.

Preámbulo a la Guerra del Salitre: las rivalidades y enfrentamientos entre purepechas y mexicas

Estudios históricos más actuales empatan el marcador de victorias y derrotas en el conflicto que, por décadas, sostuvieron tarascos y chimalhuacanos. Sin que se tenga plena certeza, los indicios y datos históricos parecen demostrar que los señores de Michoacán dominaron al menos diez años los territorios de las salinas de Sayula. Algunos especialistas, como Francisco Valdez, cree que el dominio tarasco sobre la región no duró, en efecto, más de una década; durante la cual controlaron una extensa porción de aquel territorio. De tal suerte, que resulta poco probable que quedase lugar para la erección de una Confederación Chimalhuacana.

Según las relaciones y referencias de los pueblos de la época, el sueño de los purepechas de adueñarse de la región de Sayula, y de sus fuentes de salitre, podría haberse concretado en 1460 y junto con esta conquista sumaron también la de Tuxpan, Tamazula y Zapotlán. Para 1480 se habrían apoderado también de los territorios de Colima, Motines, Zapotlán, Amula y Autlán (Valdez Francisco, 1994: 285).

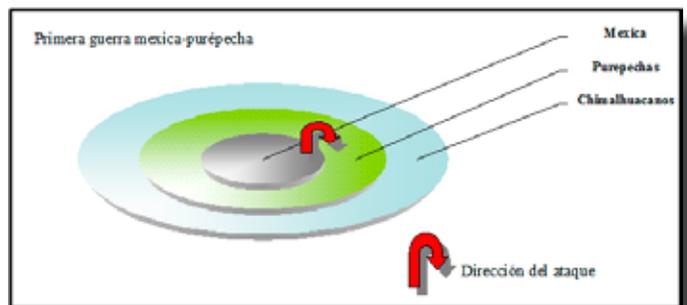
Las crónicas de la época no dejan duda acerca del poderío tarasco. A fin de tener alguna precisión sobre personajes, fechas y acontecimientos, me remito a la historia mítica de los reyes tarascos en búsqueda de las claves que expliquen el papel militar y político que su reino jugó en la época post-clásica. Mucho se ha comentado acerca del éxito militar alcanzado por este pueblo en su lucha defensiva contra el expansionismo mexica. Tal parece que todos los intentos de los señores de Tenochtitlan por apoderarse de Michoacán fracasaron dado el ímpetu y la tenacidad de sus habitantes, endurecidos por las guerras de conquista.

La primera incursión tarasca en la zona del hoy estado de Jalisco aconteció en 1460. La nueva empresa de conquista michoacana comenzó con la toma de la provincia de Zacatula, situada en la costa del Pacífico cerca de la desembocadura del río Balsas. Sus éxitos militares les permitieron recorrer las fronteras de su reino hasta la cuenca de Toluca. Establecieron enclaves al norte del río Lerma y anexaron a sus dominios la región norte del Lago de Chapala.

Al oriente, otra nación guerrera hacía prosperar sus míticos sueños de hegemonía y control sobre los señoríos y tribus vecinas. Los peregrinos de Aztlán que, siguiendo el vuelo de un colibrí, hicieron de un islote de la laguna de Texcoco, el ombligo, la piedra de toque de su tripartita señorío. Este pueblo de origen nahuatlaca, los mexicas, vio como competidores y serios enemigos a ese linaje de reyes guerreros descendientes del mítico Taríacuri, tío de Hiripan y Tangáxoan a quienes hizo señores,

respectivamente, de Ihuatzio y Tzintzuntzan.

La historia de la mutua hostilidad entre tarascos y mexicas comenzó en 1479 cuando Axayácatl, tlatoani de Tenochtitlan, junto con sus aliados, Netzahualpilli, de Texcoco, y Totoquihuaztli, de Tlacópan, reunieron el mayor ejército jamás emplazado en el Valle de México. Aquella fuerza de 24 mil guerreros fue reunida para invadir el reino de Michoacán. La empresa ameritaba tal despliegue. Los tarascos distaban de ser una tribu o tlatonazgo más en el horizonte de conquista mexica. Eran un reino y un digno enemigo. Esquematizamos este conflicto tomando el diagrama Kautiliya, los mexicas quedarían al centro, como potencia hegemónica; los tarascos ocuparían el anillo inmediato al centro; el segundo círculo concéntrico sería el de los chimalhuacanos.



Confiados en la superioridad de sus armas, cada tlatuani, de la alianza tripartita, marchó al frente de su propio contingente; volvieron a reagruparse en Matlatzincó y Taximaroa. Pisaban ya territorio tarasco. Junto a una laguna, cerca de Tzipécuaro, acamparon. Axayácatl mandó espías al campo enemigo. Regresaron con malas noticias. Le informaron al tlatuani que el número de combatientes tarascos rayaba los cuarenta mil distribuidos en distintas armas: unos portaban hondas; otros varas tostadas y arrojadizas; habían también arqueros, guerreros con macanas dentelladas con obsidiana o claveteadas. Su organización militar igualaba a la mexica.

Axayácatl calculó y previó la derrota. Le sugirió a los pillis o nobles que lo acompañaban regresar

a Tinochtlián. Aquel hubiera sido un movimiento táctico y sensato; pero, pudo más la arrogancia belicosa mexicana que las razones del estratega. Envalentonados, sus capitanes le recordaron que los fieles de Huitzilopochtli jamás huían al llamado de las armas ni le daban la espalda al enemigo. Los viejos caballeros águilas comandaron el despliegue del ejército mexicano. Al frente iban los valerosos cuáchic. Se plantaron frente a los tarascos cuyos jefes lucían vistosos trajes. También en atavío y lujo superaban a los invasores. Los capitanes tarascos portaban adornos de plumas y tal cantidad de joyas de oro: brazaletes, bezotes y diademas que al salir el sol encandilaron a los mexicanos.

Axayácatl hizo sonar su caracol y dio la voz de ataque. Los tarascos contuvieron y rechazaron la embestida. Cuando estaba por ponerse el sol, el rey de Michoacán tenía ganada la batalla. Reagrupó a su maltratado ejército por la noche; y a la mañana siguiente contraatacó con tal ímpetu que sus hombres no sólo mataron a los valerosos cuáchic y otonca, sino que dejaron sembrado el campo con los cadáveres de veinte mil mexicanos y aliados. Axayácatl penosamente pudo escapar con doscientos de sus guerreros.

Su victoria posicionaba a los purepechas pero no al grado de desplazarlos del centro hegemónico y de referencia, dentro del diagrama Kautiliya. Tan es así que siguieron adoptando una posición defensiva dentro del sistema de fuerzas y contra-fuerzas dominante en la región.

Colímotl y la Guerra del Salitre

Por estas fechas entró en escena Colímotl quien, desplazando a los invasores de Michoacán, se allegó un vasto dominio que abarcó desde el lago de Chapala hasta Motines, en la costa del Pacífico. Como lo referiré más adelante, el señor de Colima se enfrentó con éxito a los conquistadores españoles, aunque al final, igual que sus enemigos tarascos,

fue vencido. Fue así que los territorios de Tamazula, Zapotlán y Tuxpan, encomiendas de Hernán Cortés, quedaron incorporadas a la Nueva España y junto con ellas las tierras situadas al oeste del lago de Chapala y los vasos lacustre de Sayula (Valdez Francisco, 1994: 286).

Ya me referí a la capacidad de estos pequeños cacicazgos para unificarse ante un enemigo común; tal capacidad, en parte, era posible gracias a personajes como Colímotl, que no se doblegaron ni intimidaron ante potencias invasoras locales y extranjeras.

Colímotl o Tzome logró, durante el ocaso de la época precolombina, ponerse al frente de los pueblos tecos-colimecas y detener, brevemente, el avance de los conquistadores españoles. Naciones indígenas como estas, que no alcanzaron el esplendor cultural ni el poderío militar y económico de sus vecinos, supieron mantenerse insumisas y les dieron pelea a los conquistadores por varias décadas. Acaudilladas por Colímotl, detuvieron las incursiones de exploración y conquista ordenadas por Cortés a Juan Álvarez Chico, Alonso de Ávalos y a Cristóbal de Olid.

Las crónicas refieren que indígenas y españoles pelearon en los barrancos de Paso de Alima. Aprovechando la accidentada geografía del lugar, Colímotl repelió el ataque de los expedicionarios y los obligó a huir habiendo sufrido considerables bajas; el propio Álvarez Chico quedó tendido en el campo de batalla. Desconcertados por la derrota y con el orgullo lastimado, los españoles emprendieron un nuevo ataque sumando más armas y hombres, sin obtener mejores resultados. Nuevamente los guerreros del Rey de Colima los vencieron (Pizano, 1955: 11). Antes que los españoles, los tarascos experimentaron la bravura y arrojo de aquellos pueblos en la ya referida Guerra del Salitre.

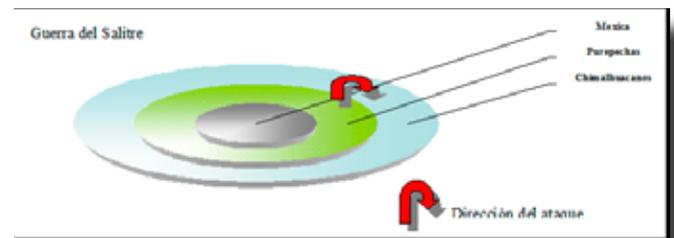
Menos documentada y con aires más de leyenda o anécdota aparece la Guerra del Salitre, abonando al prestigio de Colímotl. Como lo referiré líneas atrás, Axayácatl fracasó en su intento de anexar a los dominios mexicanos el reino tarasco. En tiempos de

Moctezuma Xocoyotzin, los mexicas retomaron esta empresa sin alcanzar de nueva cuenta su objetivo. El tlatuani mantenía prisionero en Tenochtitlan al guerrero Tlahuicole, cuya fiereza y valor eran reconocidos por sus captores. Con la intención de sacarle partido a sus destrezas guerreras, Moctezuma lo excarceló y lo puso al mando del ejército que invadiría los dominios tarascos.

La invasión comenzó por Taximaroa y Acámbaro; escenario ambos de las primeras batallas; ninguno de los beligerantes alcanzó la victoria ni reconoció tampoco la derrota. Ante el avance enemigo, el rey michoacano, Zuanga, hizo de Tzintzuntzan su cuartel general y planeó la mejor estrategia para derrotar a las fuerzas de Moctezuma. Auxiliándose de tecos y matlalzincas, los guerreros de Zuanga trabaron combate en Maravatío y Tzatácuro con los invasores. Los ejércitos de Moctezuma fueron destruidos y el orgullo mexica sufrió una segunda humillación (Figueroa, 1947: 20).

La moral de las tropas tarascas estaba alta; ni con Tlahuicole pudieron los mexicas vencerlas. Era el momento indicado para la audacia y la ambición. El rey michoacano miró hacia sus vecinos del norte. Apoderarse de sus tierras parecía una empresa sencilla. Las fronteras estaban seguras y los enemigos amagados. Zuanga hizo cálculos y tomó la decisión: lanzarse a la conquista de la Transtarasca. Comenzaba así la llamada Guerra del Salitre. Con apego al diagrama de Kautiliya, ésta no resultó la mejor decisión. Antes de emprender la expansión de sus dominios, debió darle un segundo y definido golpe a los mexicas, es decir, aniquilarlos sin darles posibilidad de recuperarse, al menos no en el corto o mediano plazo.

De esta forma ellos se hubieran colocado en el centro del sistema de fuerzas y contra-fuerzas. Sin la presión del reino rival, vencer y colonizar a los chimalhuacanos hubiera resultado menos complicado. La campaña de Zuanga en contra de los chimalhuacanos, les dio a los mexicas el respiro que necesitaban para reponerse y re-apuntalar su posición como potencia hegemónica. Dejo las especulaciones políticas y continuó con la historia.



Era el año de 1510, el rey michoacano desplegó por el Occidente de México dos numerosas y bien equipadas columnas en pos de los poblados y tlatonazgos de la supuesta Confederación Chimalhuacana. Una atacó el reino de Tonalán (Tonalá) y la otra enfiló hacia Tzaulan, donde derrotó al cacique Cuantoma y a su súbdito Tziitlali, logrando estos replegarse a Cocula (Verdía, 1951: 5). Iguales victorias obtenía la otra columna; tras derrotar a los señores de Tonalán y a los de Tlajomulco, conquistó más cacicazgos hasta detenerse en Yahualulco (o Ahululco) poblado al que prendió fuego. (Páez, 1940: 10)

Parecía que los tarascos consumaban su guerra de expansión. Pero antes de que la monarquía purépecha pudiera proclamar que la Transtarasca era por fin suya, junto con sus codiciados yacimientos de salitre; les cerró los labios Colímotl. El rey colimote salió en auxilio de los gobernantes de Xicotlán, Autlán, Zapotlán, Tzaulán, Cocula, Tochpan, Zapotilán, Cozalán, Chapala y Tamazolán. Tenía un plan. Unió aquellas fuerzas y las dirigió a Zacoalco. Se le subordinaron, militarmente, los caciques Soma, Cuantoma, Minatlacoya, Tziitlali, Capaya, Calicentli, Cuitlaxili, Hitlizuchi, Ocopchtli y a otros más; disponía ya de las fuerzas y elementos para hacer frente a los purepechas.

Ante el apremio de los acontecimientos, Colímotl destacó como estratega y, sin duda, sorprendió a los invasores; quienes, engrerdos y confiados en pasadas victorias contra enemigos de mayor envergadura, seguro no previeron la entrada en escena de un líder como él; capaz de organizar aquellas divididas tribus para darles pelea.

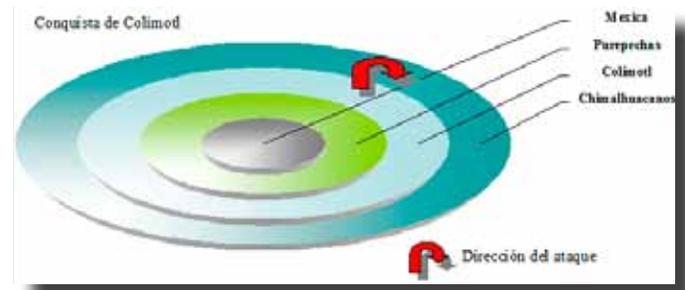
Con la prontitud requerida, Colímotl ordenó a sus aliados de Tonalán reagruparse y levantar un nuevo ejército que a la brevedad estuvo listo y compuesto por los caciques Oxatax, Pitoloc, Pilil, Totoc, Chachi, Chitaloc y Atoloch (Figueroa, 1947:21). Al frente de él quedó Coyot, súbdito del rey de Tonalán; quien emprendió el ataque a Yahualulco; donde fuerzas aliadas, al mando de Goaxicar (gobernador de Jocotepec) combatían a los tarascos.

Mientras tanto, Colímotl hostigaba a los invasores trabando con ellos pequeños combates y obligándolos a fortificarse en Zacoalco; donde logró una victoria definitiva. Tras la rendición, los vencidos fueron obligados a evacuar la región.

En el otro frente, Coyot y las derrotadas fuerzas de Goaxicar se encontraron en las proximidades de Tlajomulco. Ambos caciques unieron fuerzas; Coyotl encaró a los tarascos al momento que Goaxicar los atacaba por la retaguardia; este movimiento diezmó y obligó a los tarascos a abandonar el campo de batalla, dejando en él numerosos muertos y heridos. Los invasores sobrevivientes fueron perseguidos; los salvó las intrincadas sierras tarascas (Figueroa, 1947: 22).

Como un relámpago que fugaz respáldese en la opacidad de las nubes, así fue aquella victoria que hermanó por contados días a los caciques de la mítica Confederación Chimalhuacana. Contenidos los ímpetus expansionistas de los reyes michoacanos, Colímotl puso en marcha su propia agenda de conquistas sobre sus vecinos y aliados: señoríos que lucharon contra el dominio purépecha, como Autlán, Tzapoltán y Tzaulan, quedaron sometidos al Rey de Colima (Verdía, 1951: 15). Probablemente, como lo refiere López Portillo y Weber, carecía Colímotl del suficiente liderazgo para comprometer a los "chimalhuacanos" en una invasión en contra de sus enemigos naturales, los purepechas. Y en su caso, sin duda, resultó lo más acertado. Pues de entrada, a pesar de la derrota, los súbditos de Zuanga sin

duda hubieran defendido con bravura su territorio. Ganarles y liquidar el reino de Michoacán los hubiera convertido en vecinos de los mexicas y, por tanto, en sus enemigos naturales. En resumen, Colímotl hizo lo que podía y debía, según la lógica de la geopolítica de Kautiliya.



Por último, la hostilidad de Colímotl hacia sus antiguos aliados y el vasallaje al que sometió a algunos de ellos, convirtió a estas tribus, vaya la aparente paradoja, en aliados naturales de los purepechas, si nos apegamos a la regla de que los vecinos de mis enemigos son mis amigos o aliados naturales. En efecto, si los purepechas hubieran querido vengarse o tomar revancha de Colímotl, en estos pueblos sometidos hubiera encontrado respaldo para su punitivo propósito.

La Guerra del Salitre fue el último episodio bélico de envergadura en Mesoamérica, antes de la llegada de los españoles. El ocaso de los purepechas y los mexicas estaba cerca. El panorama político militar que se gestó por las tensiones y disputas en torno a las riquezas salitrosas de la Transtarasca favoreció en buena medida la implantación del dominio español. Sin este clima de rivalidad y desunión, probablemente la superioridad de las armas españolas no hubiera bastado para consumir la conquista.

🦋 La llegada de los españoles y ascenso al trono purépecha de Tangoaxan II

Una alianza entre Moctezuma y Zuanga hubiera significado para Hernán Cortés un reto mayor para sus afanes de conquista. Pero, para su fortuna, Tzintzuntzan ignoró todos los llamados de ayuda

mexicas y se limitó a contemplar, quizás con cierto gusto punitivo, el derrumbe, el ocaso, de Tenochtitlan. En efecto, Moctezuma le pidió a Zuanga pactar una alianza. En sus Relaciones de Michoacán, Fray Jerónimo de Alcalá refiere que el Tlatoani de México envió diez embajadores a entrevistarse con el rey de Michoacán. En nombre de su señor le solicitaron auxilio para su ciudad que sufría el asedio de los españoles. Desconfió Zuanga de las palabras de los emisarios y pensó que aquello podría ser un ardid fraguado por los mexicas para compensar sus fracasos militares.

Consultó a sus consejeros y estos le dieron la razón al rey. Ante Moctezuma obligaba la prudencia y optaron para enviar a sus embajadores a constatar si era cierto que hombres de rostro blanco y barba hostigaban y acechaban a la gran Tenochtitlan. Los mexicas no mentían. Sobraron testimonios de ello. Tres otomíes capturados les informaron de cómo los mexicas estaban siendo conquistados por un invasor desconocido y de cómo, ante el apremio de verse en poco tiempo vencidos, enviaban emisarios en búsqueda de auxilio.

A su regreso, los enviados de Zuanga le corroboraron lo que ya sabía. Le refirieron cómo, tras ser recibidos y hospedados por Moctezuma, éste ordenó que los llevaran a Texcoco en canoas y, tras subir a un monte, divisaron una planicie en donde estaban los tan anunciados españoles.

Entre pueblos vecinos, acostumbrados a rivalizar mutuamente, no versa la hermandad o la compasión; saber de la desgracia del pueblo mexica convenció a Zuanga de lo riesgoso e inconveniente de ir en su auxilio; ¿no podrían los guerreros de Moctezuma sacar provecho de su gesto, entregando a los purepechas a los invasores? Mejor que cada quien diera la pelea por su cuenta. Sin embargo, mantenerse al margen, como simple espectador ya no era opción.

De alguna manera, directa o indirecta; temprano o tarde; la presencia de los españoles afectaría a los purepechas. El desembarco de los españoles trajo la muerte y la destrucción a las naciones mesoamericanas. Su presencia perturbó el orden

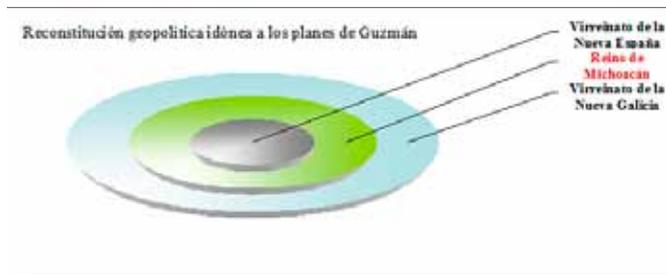
político y militar de la región; y expuso a la población a contagios pandémicos ante los cuales la realeza o nobleza no daban inmunidad; como lo constataron los antepenúltimos soberanos de México y Michoacán: Cuitlahuac y Zuanga. El Rey de los purepechas no conoció en persona a los conquistadores pero sí contrajo de ellos la viruela; padecimiento que le arrebató la vida.

Le sustituyó su hijo, Tangaxoan II. Él tampoco quiso ninguna alianza con los mexicas. Cuauhtémoc le mandó diez embajadores para proponerle unir lanzas contra el invasor. Velaba el cuerpo de su padre y le apremiaba arreglar el asunto de la sucesión. Los ancianos y consejeros de la corte le sugirieron ocupar el lugar de su difunto padre. Para asegurar el trono, un cortesano, o principal, de nombre Timas, lo indujo a darle muerte a sus hermanos y a muchos de sus parientes (Figuroa, 1947: 22). Fray Jerónimo de Alcalá refiere que después lamentó Tangaxoan estos asesinatos y culpó de estas muertes a Timas, por haberlo mal aconsejado. Su inexperiencia, el agobio de las intrigas palaciegas y la consternación por los fratricidios distraían al joven monarca de otros asuntos igual de importantes. A los emisarios de Cuauhtémoc simplemente los ignoró.

Más tarde testificó Tangaxoan el peligro que representaban los españoles. Anhelaba la caída de Tenochtitlan, igual que su padre. Asunto ya resuelto. La eliminación de los mexicas le permitiría darle seguimiento a la agenda militar de sus antecesores. Pero en su visita a la capital del fenecido reino mexica observó las ruinas dejadas por el ímpetu de aniquilamiento y devastación del conquistador. Venían a sepultar las civilizaciones autóctonas y a implantar la suya; le quedó claro.

Cortés le presentó al último tlatuani mexica, Cuauhtémoc. El que defendió y luchó por su pueblo hasta el final recibió en recompensa el martirio. La codicia vuelve a ciertos hombres especialmente crueles e insensibles al dolor ajeno. Cortés, quien tenía por amigo al joven tlatuani, lo sometió a él, y a

su Cihuacóatl, al tormento exigiéndole revelar dónde escondía el fabuloso tesoro de Moctezuma. Así, cautivo y molido lo encontró Tangaxoan. Comprendió el mensaje, o más bien el vaticinio, el joven monarca de Michoacán. Él y su reino podrían correr idéntica suerte. Nuevamente la lógica de los diagramas de Kautiliya era fría y precisa, en los españoles, el joven Caltzontzin a tenía potenciales enemigos dada su ahora vecindad. El mapa geopolítico de la región había cambiado con el posicionamiento de los españoles en el centro hegemónico, antes ocupado por los mexicas.



Más esta lección de geopolítica la aprendió en la práctica y no en la teoría, Tangaxoan; pues creyó que un entendimiento con los españoles era posible e incluso le habló a Cortés acerca de región que tanto ambicionaba, la Transtarasca. En particular, le dio pormenores acerca del rey de Colima (Pérez Verdía, 1952: 20

Al final, la innatural la alianza entre purepechas y españoles se concretó; y como era predecible no en los términos ni con resultados favorables a Tangaxoan. Ocupada Tenochtitlan, por órdenes de Cortés, salieron de la ciudad de México, en 1521, los capitanes Alonso de Ávalos y Juan Álvarez Chico a explorar las tierras del occidente y las costas del Pacífico. Persuadidos por señor de Tzintzuntzan, la emprendieron contra Colímotl. Tangaxoan albergó en su corte a los españoles y proveyó de guerreros y recursos. Mala inversión de diplomacia y riquezas. No obstante, el rey de Michoacán no fue el único que quiso sacarles provecho a los conquistadores.

Las constantes guerras e invasiones de las potencias hegemónicas mesoamericanas y las posteriores disputas entre los tlatusanis y caciques regionales impusieron desniveles políticos, dominación tributaria y sobre todo resentimientos históricos que los españoles supieron capitalizar. A muchas de estas tribus y señores tiranizados por los caciques locales (como Colímotl) Ávalos les ofreció libertad; falsas promesas del nuevo opresor.

Fue una reacción lógica y justificada que los chimalhuacanos, por su vecindad y enemistad con Colímotl, se hayan aliado con los españoles; además, los capitanes y soldados de Cortés, dada la lejanía del centro político y hegemónico que los albergaba (la ciudad de Tenochtitlan) no representaban, a diferencia del Rey de Colima, una amenaza inmediata. No obstante, para apoderarse de facto de aquella región, antes los españoles debían tomar el control de Michoacán, cuya nobleza no renunciaba del todo a su plan de conquistar la Transtarasca.

Como lo menciona Pérez Verdía: con la esperanza de ser liberados, los tactoanes y después el señor de Tzapoltán y el de Tzaulan le dieron albergue a los españoles y reforzaron su ejército con tropas auxiliares (1952:21). Ni por alianzas o sometimiento existía una Confederación Chimalhuacana. La Guerra del Salitre y en su conjunto los anteriores y posteriores conflictos propiciaron un clima de pugnas y enfrentamientos fratricidas que la llegada de los españoles sólo empeoró.

El rey de Colima peleó su última guerra con pocos aliados. Emboscó al ejército de Álvarez Chico en una barranca. Lo derrotó e hizo huir hasta Michoacán, donde obtuvo el auxilio de Cristóbal de Olid; quien marchaba rumbo al Mar del Sur. Unieron fuerzas Olid y Álvarez Chico sin beneficio. En Alima, los guerreros del rey de Colima los enfrentaron y volvieron a vencer.

Disgustado por la resistencia indígena, el conquistador de Tenochtitlan envió a uno de sus mejores capitanes, Gonzalo de Sandoval; quien se encontró con Ávalos combatiendo en el mismo campo de batalla, donde antes fueron derrotados sus compañeros de armas.

Tomaron revancha los españoles. Colímotl vio morir a muchos de sus guerreros en manos del enemigo. Huyó con unos pocos fieles rumbo a la sierra. Aquí terminaba la historia de Colímotl y comenzaba la de Nuño Beltrán de Guzmán fundador de la Nueva Galicia.

La aprehensión de Tangaxoan y el ocaso del reino purépecha

Había transcurrido una década de la caída de Tenochtitlan; de los reinos que protagonizaron la Guerra del Salitre sólo seguía en pie el de Michoacán con su caltzontzin Tangaxoan todavía gobernando de facto; pero bajo la égida de Cortés. Las tierras y comunidades michoacanas eran repartidas entre los españoles quienes mudaban de oficio: de soldados a encomenderos (señores de tierras e indios).

Los nuevos señores prodigaron tanta injusticia y explotación que más de alguno terminó asesinado por los nativos. Los españoles acusaron al caltzontzin de ser el hostigador de estos crímenes. El soberano se exculpaba y convenía en que los culpables fueran castigados. Su colaboracionismo no anulaba del todo su condición de ser una amenaza potencial para orden colonial. Las más elementales reglas de la real política, explicadas en el Arthasastra y Príncipe de Maquiavelo, advierten que en un principado no pueden subsistir dos soberanías. La duplicidad de autoridades es fermento de sediciones. Resultaba un riesgo factible que los indios se levantaran en armas en contra de sus dominadores en nombre de su todavía rey. Esta lección la siguió Cortés muy a su pesar cuando mando matar a Cuauhtémoc en su expedición a Honduras. Bajo un cálculo estrictamente maquiavélico, Tangaxoan no debía seguir con vida. En cualquier acto de resistencia o conspiración él resultaría el principal sospechoso.

Sin embargo, más que el Caltzontzi, el verdadero enemigo de Cortés era Nuño Beltrán de Guzmán; entre ambos prevaleció una insalvable rivalidad de la que terminó siendo víctima Tangaxoan.

Tras asumir su cargo de presidente de la Real Audiencia, de la ciudad de México, Guzmán mandó a un tal Godoy, alguacil mayor, a tomar preso a Tangaxoan y a varios de sus cercanos. Previamente, el Caltzontzin recibió a Andrés de Tapia; quien traía la orden de Cortés de no entregarle ni oro ni plata al Presidente; le indicó, además, que le hiciera llegar todo su metal precioso. Tangaxoan obedeció para disgusto de Guzmán; quien lo apresó prometiendo liberarlo una vez le cediera el resto de sus riquezas. La tirantez de la rivalidad entre los conquistadores defalcaba al moribundo Reino de Michoacán. El hermano del Caltzontzi, cuyo nombre bautismal era Pedro, corrió a reunir el rescate. Los caciques purepechas le remidieron una carga, luego otra hasta completar tres; los montos no saciaban la codicia de Guzmán. Un intérprete de nombre Pilar, que mediaba en aquel negocio, aprovechó para hurtar una parte de lo remitido; por ejemplo, de las seiscientas rodelas de oro del primer rescate escamoteó doscientas.

Guzmán no fijó un precio por la vida del rey; no tenía necesidad de hacerlo. En realidad, negociando con la vida del Caltzontzi, el Rival de Cortés esperaba expoliarles a los caciques purepechas todo el oro y plata posibles. Liberarlo, por tanto, no estaba en sus planes. Mantenerlo cautivo le estaba resultado más rentable; además, estaba próximo a salir a explorar y conquistar la región occidente y la costas del Pacífico. En su expedición, el Caltzontzin le sirvió de rehén para procurarse la ayuda de los purepechas.

Si alguna vez pensaron los reyes michoacanos que con la ayuda de los españoles lograrían apoderarse de la Transtarasca; al final, aconteció exactamente lo contrario: el oro purépecha financió, en parte, la campaña de Guzmán y muchos de los guerreros del Caltzontzin le sirvieron como tropas auxiliares. No obstante, sin Colímotl, aquellos cacicazgos y tribus del occidente no ofrecerían tanta resistencia al invasor blanco.

La Conquista de la Transtarasca

En la ciudad de México privaban las injusticias y el desorden fruto de las disputas entabladas por los conquistadores. Acusado por Juan de Zumarraga y los miembros de la Real Audiencia de estos desmanes, Cortés viajó a España a rendir cuentas. Su ausencia fue aprovechada por sus enemigos. Los odores despacharon infamias con generosidad y Guzmán, en lo personal, la tomó contra los protegidos de su ausente rival.

Indignado por tal dispendio de inequidades, el obispo Zumarraga le dirigió una carta al Rey, el 27 de agosto de 1529, describiéndole los crímenes de aquellos malos gobernantes.

La misiva puso a Cortés al tanto de la situación. Liberado de culpas, emprendió el viaje de regreso. No quiso Guzmán esperarle. Temeroso de futuras represalias, organizó un ejército para salir en pos de nuevas conquistas. Como ya lo mencioné, se hizo acompañar de Tangaxoan, en calidad de rehén. Entre el 20 o 21 de diciembre de 1529, salió de la capital de la Nueva España, retomando la ruta trazada por Cortés de Buenaventura.

El 2 de febrero de 1530, las tropas de Guzmán cruzaron el río Lerma al que bautizaron como Nuestra Señora. Escaso de recursos, en Tzintzuntzan obligó a Tangaxoan a negociar con sus caciques para que lo aprovisionaran y le procuraran, además, ocho mil hombres que hizo traer de distintos pueblos. Seguía empeñado Guzmán con expoliarle sus escasas riquezas al Reino de Michoacán. Pero nada había ergo nada obtuvo. Cerniendo sobre Tangaxoan acusaciones falsas, le mandó ejecutar el Conquistador de la Transtarasca. Moría el Caltzontzin y con ello quedaba sepultado el reino purépecha.

Siguió la expedición hasta Coynan. Los tarascos que le servían de tropa auxiliar tenían por enemigos a los lugareños así que le prendieron fuego al poblado. Continuaron los españoles hasta Tonalá, centro de una monarquía indiana que confederaba a los tlatonazgos de Tlaquepaque, Tololotlán, Coyolan, Mezquitán, Tateposco, Tlaxomulco, Cuescomatitlán, Coyutlán, Toloquilli, Tzalatitán, Atemajac y Tetlán. Gobernaba aquella confederación la reina Cihualpilli Tzapotzinco. Esta acotada confederación es la figura histórico-política más parecida o cercana la idea del profesor Ignacio Navarrete acerca de una Confederación Chimalhuacana.

Los nobles de esta confederación, bajo la égida Cihualpilli, se dividieron en dos bandos: unos apoyaban a la reina en su decisión de someter la confederación al dominio del invasor; el resto se oponía y exigía hacerle la guerra a los españoles. Así opinaban los caciques de Coyolan de Ichcatán, Tzapotlanejo y Tetlán. Armas en mano se fueron para el monte.

Guzmán no podía disfrutar tranquilo la hospitalidad y atenciones de sus anfitriones, teniendo a tres mil indios insumisos atrincherados en un cerro cercano. Les envió a su escribano, Hernando Sarmiento y a su maestro de campo a exigirles rendición y lealtad al Rey de España. Como respuesta obtuvieron una ensordecedora gritería y un diluvio de piedras y flechas. Guzmán respondió con fuego y metal; envió por la falda del cerro, de cara al río, una columna mixta de infantes y jinetes al mando de Cristóbal de Oñate; por el lado contrario, ordenó el avance de otra fuerza igual dirigida por Francisco Verdugo. El grueso de su ejército, bajo sus órdenes, enfrentó a los rebeldes por el centro. Opusieron fiera resistencia los desafectos súbditos de Cihualpilli. Al propio Guzmán le arrebataron la lanza y con ella le dieron de palos. A un alto costo de hombres y cabalgaduras, vencieron a los españoles. A los que lograron huir, Pedro Almídez Chirinos les persiguió en las barrancas cercanas de donde regresó con gran cantidad de fugitivos.

Para coronar su triunfo, Guzmán tomó

posesión, formal y solemne, de aquella provincia el 25 de marzo de 1530. Hizo que Cihualpilli jurara lealtad al soberano de España y sobre el cerro, donde corrió tanta sangre en honor de la libertad y la autonomía, mandó construir una enramada figurando un templo al que bautizó: Victoria de la Cruz. Sobre aquella construcción erigió efectivamente una cruz, hechura de Martín López, visible a la distancia.

El 10 de abril, Domingo de Ramos, entró el Presidente en la población de Nochistlán, dispuesto a pasar allí la Semana Santa. Para celebrar con propiedad los ritos, ordenó construir una iglesia de carrizos adornada con flores y plumajes. El 12 de abril, en plenas Pascuas, salió rumbo a la ciudad sagrada de Teul a la que encontró abandonada; lo que le dio licencia para quemarla.

En su caminó, el ejército de Guzmán (cuatrocientos españoles y veinte mil indios) se topó con la hoy laguna de Magdalena y en un poblado adyacente, Etzatlán, alojó a su gente. Se aventuraba cada vez más hacia el norte el ejército de Guzmán. El 5 julio, de la Pascua de Pentecostés, cruzó el río Santiago, por Itzcuintla, entró así al señorío de Centipac.

La significación religiosa del día debió inspirar a Guzmán ya que, atravesado el río, hizo formar a su tropa a la que hizo pública, con un escribano de testigo, su decisión de tomar posesión, a nombre del Rey, de todo lo hasta ahora había conquistado.

Y como queriendo quedar bien con Dios también, declaró que el río se llamaría Espíritu Santo y las provincias todas: La Conquista del Espíritu Santo de la Mayor España. Rivalizando con la Nueva España de Cortés, Guzmán fundaba la Mayor España. Al final las tierras conquistadas por el Presidente recibirán el menos ostentoso nombre de Nueva Galicia.

En Cillan, un nuevo ejército de nativos sucumbió ante el acero español. Pero al ser la fortuna una dama voluble; ésta dejó, al tiempo, de sonreírle al rival de Cortés. Una epidemia ocasionó la muerte de miles de sus indios auxiliares; a quienes los españoles

dejaron postrados en su agonía; pues les preocupaba más sacarles todo el oro y la plata posible a los caciques locales.

Entre el 19 y el 26 se presentó el ejército de Guzmán en la ciudad de Azatlán. En su forma abreviada, Aztlán, este nombre de inmediato nos remite al mítico lugar del que emigró la tribu nahuatlaca que fundó Tenochtitlan, más parece tratarse de lugares distintos. En este poblado le siguieron llegando malas noticias e infortunios a Guzmán. Supo por un emisario de los oidores, de nombre Juan del Camino, del regreso de Cortés. De inmediato, mandó a Chirinos a la capital a hablar en su nombre y a defender sus intereses ante Hernán Cortés.

El 20 de septiembre cayó sobre Azatlán un verdadero diluvio que ahogo a más de mil indios que yacían enfermos en el suelo. Todo el campo quedó inundado; en más de dos leguas a la redonda no se divisaba tierra alguna. Sobre árboles y altozanos (montes de pequeña altura) lograron salvarse de la acometida de las aguas Guzmán y algunos de sus hombres. Con el maíz que flotaba sobre aquel mar caído del cielo se alimentaron. Agobiados por el hambre, los guerreros del Presidente tomaron por comida a cuanto sapo y sabandija encontraron. Este mal sano alimento enfermó y mató a muchos indios.

Oñate tuvo que levantarle el ánimo a Guzmán; quien, afligido, recapitulaba acerca de todas las crueldades cometidas y de como aquel terrible fin podría ser su justo castigo. Lograron los españoles reponer valor y fuerzas con ayuda de los lugareños; quienes les alimentaron y cuidaron. Continuaron su peregrinar rumbo al norte siguiendo las rutas trazadas por los mapas y las leyendas. En efecto, se toparon con una ciudad cuyo nombre, Cihuatlán lo relacionaron con el mítico reino de las Amazonas: pues la traducción de éste sería "tierra de mujeres". Más no dieron con ninguna ciudad de guerreras o

amazonas, sino con un pequeño poblado de indios cuyas mujeres vestían pieles de venado. Marchaban los conquistadores rumbo al hoy estado de Durango. Muchos perdían la fe en la empresa. El paisaje resultaba inhóspito y poblado por salvajes. La riqueza y gloria no aparecían por ninguna parte. ¿Que sentido tenía matarse por un pedazo de desierto de cuyas arenas no emergía ninguna ciudad adoquinada con oro? Con oportunidad supo Guzmán que algunos de sus capitanes conspiraban en su contra. Dio con el principal instigador y lo mandó horcar. Pronto dieron la media vuelta para consolidar su dominio sobre lo ya conquistado.

Retomando las enseñanzas del Arthasastra de Kautiliya, al pretender Guzmán formar su propio virreinato debió dejar con vida a Tangaxoan; incluso le convenía, por simple pragmatismo político, restablecerlo en el trono, fortalecerlo y restituirle parte de su pérdida autonomía. Lo hubiera convertido así, dada la lógica de los círculos concéntricos, en su aliado natural y en enemigo de Cortés y de la Nueva España.

Sin embargo, Guzmán solo vio en Tangaxoan un enemigo derrotado a depredar y destruir y no a un potencial aliando; cuyo reino hubiera servido de frontera y dique entre la Nueva España y el virreinato que pretendía fundar.

Con seguridad, alguno de los dos virreinos se hubiera anexado al reino purépecha. Ese plazo de tiempo, sin duda, le habría sido útil a Guzmán para consolidar la autonomía política y militar de su conquista: La Nueva Galicia.



Bibliografía

Ahumada Abelardo (2006) *Mitos y realidades de la conquista y fundación de Colima*. Universidad de Colima. México.

Ahumada González Abelardo (2006). *Mitos y realidades de la conquista y fundación de Colima*. Universidad de Colima. México.

Bravo Ugarte, José (1962). *La confederación chim-alhuacana y las fuentes históricas*. Universidad de León. México

Clavijero, Francisco Javier (1974). *Historia Antigua de México*. Porrúa. Col. Sepan Cuantos. México.

Escobar Olmedo, Armando M. (editor) (1997). *Proceso, tormento y muerte del Cazonzi, último Gran Señor de los tarascos, por Nuño de Guzmán, 1530*. Frente de Afirmación Hispanista. México.

Fell Claude (coord.) (1996) *Juan Rulfo, toda la obra*. Allca XX. España.

Figuroa Torres, J. Jesús (1947). *Historia de Zapotlán*. México.

Cortés, Hernán (2002). Porrúa. Colección Sepan Cuantos. México.

León Portilla, Miguel (2002). *Filosofía Náhuatl*. UNAM. México.

López-Portillo y Weber, José (1980). *La conquista de la Nueva Galicia*. Colección Peña Colorada. México.

Páez Brotchie, Luis (1940). Delgado. *Historia mínima*. México.

Pérez Verdía, Luis (1952). *Historia del Estado de Jalisco*. Tomo I, Gráfica, Guadalajara, Jalisco.

Pizano y Saucedo, Carlos (1955). *El Rey de Colima (Estudios históricos)*. CCEH, Círculo Colimote de Estudios Hispanoamericanos. <http://www.c-c-e-h.blogspot.com>

Riva Palacio, Vicente (1953). *México a través de los siglos*. Tomo II. Editorial Cumbre. México.

Séjourné, Laurette (1957). *Pensamiento y religión en el México Antiguo*. Fondo de Cultura Económica. México.

Valdez Francisco (1994). "La cuenca de Sayula; yacimientos de sal en la frontera oeste del estado tarasco." En Boehm de Lameiras, Brigitte. *El Michoacán Antiguo*. Colegio de Michoacán. México.

Williams, Eduardo (2003). *Sal de la tierra*. Colegio de Michoacán. México.

Zimmer, Heinrich (2008). *Filosofía de la India*. Sexto-piso. España.

Páginas de Internet

http://www.revistadelauniversidad.unam.mx/3807/pdfs/5_18.pdf

<http://www.biblioteca-antologica.org/wp-content/uploads/2009/09/ALCALC381-Relaciones-de-MichoacC3A1n.pdf>

